

## CAPITULO XXXVII.

Díaz se retira á la vida privada.

El 21 de Junio del año de 1867, día en que hizo su entrada triunfal á la ciudad de México, el General Díaz, al comunicar á Juárez la noticia de la caída de la capital, también colocaba en manos del Presidente su dimisión como comandante en jefe del Ejército del Este; pero como no se quiso atender á esto, manifestó de nuevo su determinación de retirarse á la vida privada en una comunicación fechada el 13 de Julio, y dirigida igualmente á Juárez. Se le convenció, sin embargo, de retener su mando hasta después de la llegada del Presidente á la capital, lo cual tuvo lugar el 15 del mismo mes.

Fué Díaz quien arregló el programa para la recepción de Juárez, y salió á encontrarlo con una escolta hasta Tlalnepantla.

Desde las ocho de la mañana aguardaron en el Paseo de Bucareli las autoridades civiles y militares nombradas para recibir á Juárez. El desterrado Presidente llegó por la garita de Belén y su llegada fué saludada con repiques de campanas, salvas de artillería y vivas del pueblo entusiasmado. Grupos de niñas vestidas de blanco y adornadas con coronas de flores salieron al encuentro de la procesión triunfal en la tribuna erigida en la glorieta que formaba la unión del Paseo de la Reforma y la Avenida de Bucareli y allí le presentaron una corona de oro. De allí se continuó la marcha por las calles de San Francisco hasta el Palacio Nacional, donde, á su llegada, fué izada la bandera de la Nación. Juárez había expresado en una ocasión el deseo de presenciar la izada de la bandera nacional sobre la ciudad de México; y Díaz, respetando este deseo, le había reservado el honor al Presidente Indio, dando órdenes después de haber tomado la ciudad, que no se izara bandera



ESTATUA DE COLÓN, MÉXICO, D. F.

alguna hasta el momento en que el Primer Magistrado de la Nación llegara él mismo á lanzar sus pliegues al viento.

Veinte mil soldados bien armados y uniformados formaron la escolta de Juárez desde el momento de su llegada á la capital hasta que entró al Palacio. Desde allí fueron revisados por el Presidente y su Estado Mayor las tropas, á las cuales Díaz había preparado uniformes después de la caída de la capital.

No parecía sino que la ciudad se había vuelto loca de alegría; pues Juárez les significaba el fin de la contienda que había mantenido el país en anarquía durante seis años. Era el símbolo del triunfo de la causa liberal, del derrocamiento final del imperio y de la restauración de la República. En aquel día parecía como si México hubiera hecho á un lado para siempre sus diferencias, en el goce y satisfacción de verse una vez más libre del yugo del extranjero. Pero el pueblo, en su largo sufrimiento, no había aún acabado de cruzar el fatigoso desierto que lo separaba de la verdadera unidad nacional. Tenían todavía que aprender que el goce de la libertad, la lealtad al hombre que les había llevado su cruz por tanto tiempo y sin la menor queja, el odio originado del sangriento pasado, no podía hacerlos á todos pensar igual ó formar una nación unida de elementos tan discordantes y heterogéneos.

El tiempo y la situación requerían, no un hombre más grande que Juárez, sino uno con cualidades totalmente distintas de aquellas que lo habían puesto á él en estado de mantener, bajo todas las circunstancias posibles, la lucha contra los conservadores y contra el imperio. Se requería un hombre que pudiera olvidar el pasado y que pudiera reunir alrededor de su bandera á todos los ciudadanos, cualesquiera que fuese su credo, que tuvieran voluntad de servir á su país. Pero Juárez había pasado por la lucha más amarga, se había visto perseguido como una fiera, y su cabeza se había puesto á precio por los

hombres que habían usurpado la libertad y la independencia de su patria. Tenía mucho del carácter indio para poder olvidar los males que le habían hecho. Había recibido tanto daño de sus semejantes, que se había despertado pujante su naturaleza sospechosa. Había visto á tantos de sus compatriotas traicionar la causa de la libertad como él la comprendía, que se inclinaba á desconfiar de los hombres que lo rodeaban. Grande y patriota como era, y heroico hasta el último grado, no dejaba de manifestarse celoso de los grandes jefes militares que habían peleado gloriosamente en los campos de batalla por la libertad de la patria. No era soldado, y quizá por esa causa exageraba la gloria que correspondía á hombres como Díaz y Escobedo y otros de menor magnitud. Este sentimiento le impedía amalgamar los elementos patrióticos de la Nación en un partido fuerte. Le faltaba el tacto para hacer sentir á los hombres que tomaba interés en ellos y que sus servicios le eran necesarios.

Estas cualidades de Juárez habían ya principiado á abrir un abismo entre él y Díaz aún antes de la captura de la ciudad de México. De acuerdo con las manifestaciones de este último, después de la caída de Puebla comunicó la noticia de la victoria á Juárez pidiendo al mismo tiempo ciertos honores para algunos de los soldados que habían tomado parte prominente en ese encuentro. Esta comunicación no fué contestada. Semenjante omisión lastimó el amor propio del comandante del Ejército del Este, quien era muy sensible al menor desaire que se le pudiera hacer á los valientes que habían peleado con él en muchas reñidas batallas ganadas á costa de heroicos esfuerzos y sacrificios. Todo indica que ya Juárez había comenzado á manifestar los característicos que más tarde se le determinaron claramente, y que realmente estaba celoso del hombre que había ganado tanta gloria para sí y para la Nación mexicana en las batallas de La Carbonera, Miahuatlán, el si-

tio de Oaxaca, asalto sobre Puebla y la toma de la ciudad de México.

Cuando llegó á Juárez la noticia de la liberación de los prisioneros hechos en las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, el asalto de Puebla y la rendición de los fuertes de Guadalupe y de Loreto, manifestó profundo desagrado por ese acto. Aquí también se pone de relieve el espíritu de Juárez, el enemigo implacable, el duro aborrecedor, el hombre dispuesto á dirimir una contienda hasta el último extremo. ¡Era en él ciertamente fuerte el espíritu de sus antecesores indios!

También Díaz manifiesta que Juárez le ordenó poner en prisión á Dano, representante del Imperio francés en la corte de Maximiliano y apoderarse de los registros de la legación para entregarlos al gobierno liberal. Díaz pidió ser excusado de llevar á cabo estas instrucciones indicando el peligro que había en oponerse á Francia con semejante hecho.

No cabe la menor duda de que la actitud de Juárez fué responsable de la resignación del General Díaz el mismo día de haber hecho su entrada triunfal á la capital de la Nación. No recibiendo contestación á su súplica de ser relevado de su cargo, escribió varias veces á Juárez urgiéndole que aceptara dicha dimisión, pero sin lograr su objeto, y el asunto no fué arreglado sino hasta la llegada del Presidente á la ciudad de México, cuando tuvo el General Díaz la oportunidad de presentarle personalmente su resignación.

No obstante que el desacuerdo había comenzado ya á manifestarse entre ambos hombres, Díaz ordenó que no se izara ninguna bandera nacional en los edificios de la capital de la República, desde Junio 21, día de la rendición, hasta la llegada de Juárez, el 15 del mes siguiente. Y esto lo hizo únicamente por satisfacer un deseo que el último había manifestado muchos meses antes. Hasta tuvo la atención de mandar preparar una bandera de seda especialmente para la ocasión. En todo esto se muestra la actitud con-

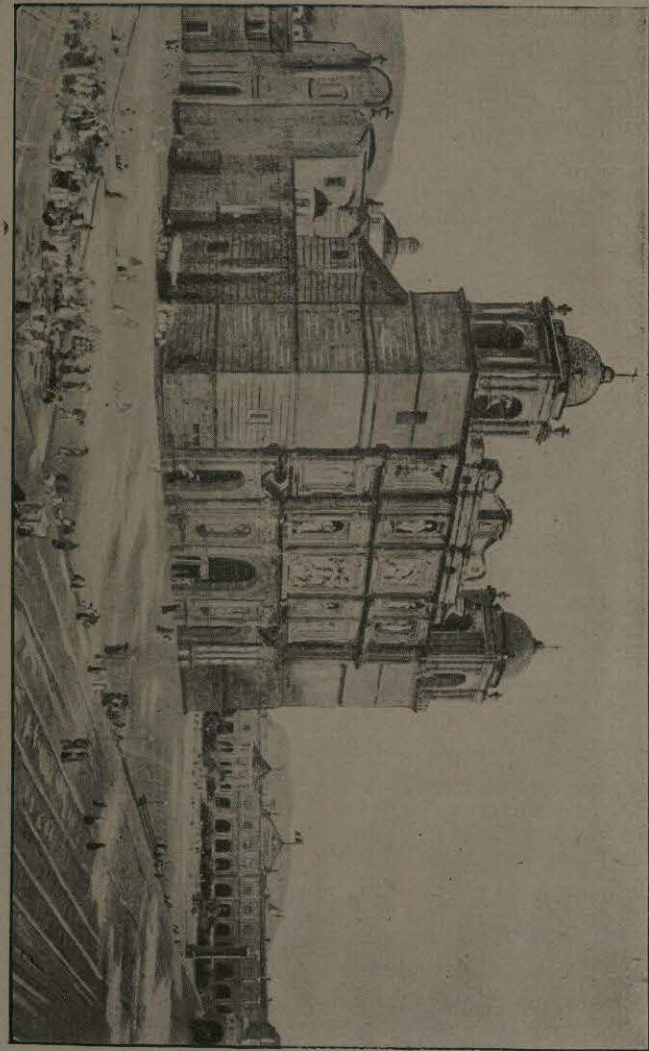
ciliadora de Díaz, en contraste con el espíritu implacable de Juárez, cuyo espíritu se exhibía no tanto hacia Díaz como hacia todo aquel que se opusiera á los principios del partido liberal.

He aquí cómo describe Díaz su encuentro con Juárez más allá de Tlalnepantla, cuando salió á recibirlo y á darle la bienvenida á la capital el 15 de Julio de 1867:

“En los primeros días de Julio debía llegar á la capital el Presidente Juárez, y con objeto de recibirle hasta donde me era permitido separarme del centro de mi línea de operaciones, fué más allá de Tlalnepantla. Momentos después de haber llegado á aquella ciudad, y cuando nos llamaba á almorzar el Lic. D. José M. Aguirre de la Barrera, que era el Jefe Político de ese distrito, me llamó el Presidente, que á la sazón platicaba en voz baja con su Secretario de Estado, y delante de ellos me manifestó que hacía algunos días que estaba sin haberes la escolta que lo acompañaba, compuesta de un regimiento, dos batallones y media batería, y me preguntó si tendría yo fondos con qué cubrir esa urgente necesidad. Contesté al Presidente que sí los tenía y que podía ordenar á sus respectivos pagadores, que al volver yo á la capital vinieron conmigo para llevar el haber que esos cuerpos habían dejado de percibir, y, además, el que les correspondiera hasta el fin de la quincena corriente.

Animado el Señor Juárez por esa respuesta, me manifestó que tampoco el personal de las distintas Secretarías de Estado habían recibido sueldo hacía muchos días, y me preguntó si podría ministrar algunos fondos con este objeto. Le contesté que tenía fondos suficientes para cubrir esos sueldos, y que entregaría la cantidad que me ordenara. Entonces me mandó dar 10,000 pesos con cargo á ese ramo, ordenó á su habilitado viniera á la capital para recibirlos.”

Juárez, con razón, tenía temor del elemento militar, al cual veía como el mayor peligro que amenaza-



CATEDRAL DE OAXACA.—CENEDRO DE D. JOSÉ MARÍA VELASCO.

ba la paz de la Nación. En esto, como hemos dicho, no estaba equivocado, pues era entonces el ejército un campo fértil de promesas para los jóvenes de las familias encumbradas, que encontraban en él el camino más seguro para alcanzar pronto influencia y poder. Así es de que la milicia estaba llena de hombres ambiciosos, muchos de los cuales se mantenían listos á unirse á cualquier partido que les prometiera adelantar sus intereses y satisfacer sus ambiciones.

La escisión entre Díaz y Juárez era inevitable; pues era natural que el hombre que había hecho tanto por la causa de la libertad y la restauración de la República, sintiera, quisiera él ó no expresar sus sentimientos, que tanto él como los valientes que habían peleado á su lado, merecían consideración de parte del Presidente, al cual habían contribuido á restaurar en el poder; y la omisión de Juárez en considerar las promociones recomendadas por el comandante del Ejército del Este ó en dirigir una palabra de alabanza y aliento á aquellos que habían tomado la ciudad de Puebla de un modo tan dramático; y el haber dejado de acusar recibo de las comunicaciones de Díaz en las cuales resignaba su mando militar, mostraba la actitud del hombre hácia aquellos que habían tomado las partes más prominentes en la lucha por la libertad: y explica por qué Díaz y muchos otros jefes militares pronto se retiraron del lado de Juárez después del derrocamiento del imperio.

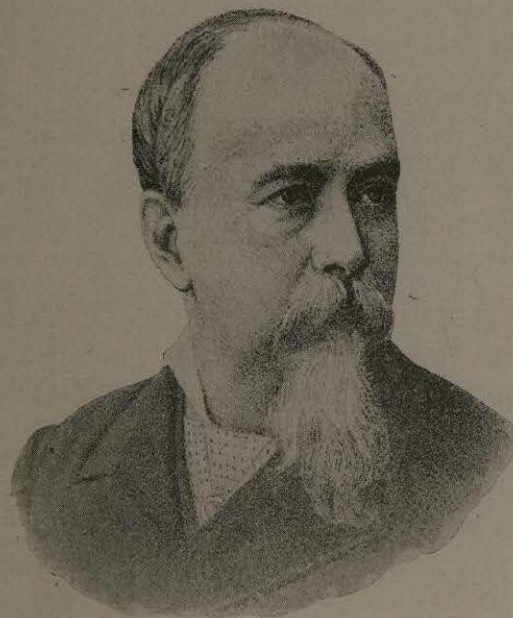
Las mismas cualidades que habilitaban á Juárez para la lucha implacable contra los conservadores y el imperio lo inhabilitaban para la tarea estupenda de amalgamar los elementos discordantes de la Nación y hacer de ellos un todo armonioso. No cabe la menor duda de que, si hubiera él manifestado buena disposición para conciliar á Díaz en su regreso á la ciudad el 15 de Julio de 1867, le hubiera sido posible retener en su servicio al estadista más distinguido, con mucho, de su época. Pero estos dos hombres que debían haber trabajado juntos, se apartaron; y

Díaz dejó su mando militar y se retiró á la vida privada, en un tiempo en que sus servicios eran más necesitados por su abrumado país.

Al retirarse del servicio, el General Díaz entregó á Juárez un ejército bien disciplinado, uniformado y equipado de 21,000 hombres, de las tres armas, infantería, caballería y artillería. Además le entregó \$115,701 en efectivo, parte de lo cual había sido ya adelantado para pagar salarios á la llegada del Presidente á la capital el 15 de Julio de 1867. Habían también en las varias oficinas del departamento de Hacienda \$200,000 más, aproximadamente. Pero esto no representaba sino parte de los fondos que el General Díaz había recaudado durante el corto tiempo que estuvo á la cabeza del Ejército del Este; porque él relata que también pagó considerables sumas de dinero que le habían prestado á él en su llegada á la ciudad de México. Dos de estas sumas solamente eran de consideración, una de ellas de cincuenta mil y la otra de doscientos mil pesos, y ambas dos fueron liquidadas antes de la llegada de Juárez á la capital.

Pero la cuenta no pára aquí, pues él manifiesta que la cantidad entregada al Presidente hubiera sido muchísimo mayor, si no hubiera sido por la circunstancia que tuvo que pagar salarios atrasados á la escolta de Juárez y á los empleados de los diferentes departamentos de Estado, pagos que montaron á \$50,000. Además de esto había gastado una fuerte suma en arreglar una residencia propia para el Presidente y en los preparativos para recibirlo de una manera digna de su alto cargo. También se habían gastado otras sumas de consideración en uniformes para el ejército, con el objeto de que la parada militar en la recepción del mismo Presidente fuera digna de la ocasión.

Sin embargo, este hombre á quien llegó tanto dinero á las manos, lo invirtió en usos públicos ó lo entregó al Primer Magistrado de la Nación, en momentos en que sus propios honorarios, que llegaban



LIC. MANUEL ROMERO RUBIO,  
SUEGRO DEL GENERAL DIAZ.

á \$23,000, no se le habían pagado. La acción es característica del hombre. Díaz nunca ha tenido ambición de amasar grandes sumas de dinero. Ha tenido en su vida oportunidades ilimitadas para hacerse muchas veces millonario, y sin embargo, es hoy comparativamente pobre.

Una historia que hace algún tiempo me relató un periodista prominente, que mantenía términos de intimidad con el Presidente, ilustra su carácter. El periodista á que me refiero tuvo ocasión de visitar á Porfirio Díaz hace algunos años para consultarle acerca de una cuestión política que en ese entonces agitaba la opinión pública, cuestión que concernía personalmente al Presidente.

Repentinamente Díaz se volvió hácia el periodista y le preguntó: “¿Qué es lo que dice de mí el pueblo?”

El periodista se quedó sorprendido por un momento; pero tenía mucho de diplomático y luego contestó: “Bien, dicen muchas cosas acerca de Vd., Don Porfirio, como se dicen acerca de todos los grandes hombres.”

—“Nó, nó,” interrumpió Díaz, “deje Vd. la adulación á un lado y dígame qué es lo que dicen de mí.”

—“Bien, hay una cosa que no pueden decir de Vd., contestó el periodista, evitando la pregunta.”

—“¿Y cuál es ella?” inquirió el Presidente.

—“Pues que Vd. se haya hecho rico á expensas de su puesto y posición.”

—“Nó, nó,” asintió el Presidente. “Nunca me ha importado la riqueza. El dinero en sí y las propiedades nunca me han atraído. ¿Pero qué es lo que dice la gente de mí? Vd. es periodista. Vd. está en contacto con el mundo y oye mucho de lo que yo no puedo oír, por la sencilla razón, de que con frecuencia les interesa á aquellos que me rodean impedir el que yo oiga muchas cosas. ¿Qué dice la gente de mí?”

Cuando fué puesta la cuestión de este modo, no había medio de evadirla. Por lo cual el periodista dijo:

—“Vd. no debe ofenderse, Don Porfirio, y com-

prenderá que lo que yo diga no es mi opinión personal, sino lo que generalmente dice el público.”

—“Sí, dígame lo que el público en general dice de mí, pues es con el público con quien tengo que tratar,” dijo Díaz con tono de ansiedad en la voz.

—“Bien, Don Porfirio, la gente dice que Vd. es muy ambicioso y que ama al poder.”

—“Sí, siempre he sido ambicioso,” manifestó el Presidente. “¿Pero no he usado siempre mi ambición y mi poder en pró de los intereses de mi patria?”

Díaz ha sido mal juzgado, mal comprendido y calumniado; pero el espíritu, si es que leo correctamente entre líneas, que siempre lo ha animado, ha sido el del más ardiente patriotismo y el deseo más sincero por servir los intereses de su país.